

Arturo Aldunate habla de Albert Einstein

Ciencia y poesía: dos caminos convergentes



HUGO ROLANDO CORTÉS
ACADEMIA CHILENA DE LA LENGUA

Hace ya muchos años, tantos que la memoria suele dar saltos y desacomoda los hechos rigurosamente cronológicos, asistimos «entendiendo», en la Biblioteca Severín, siempre abierta y generosa a las manifestaciones culturales de Valparaíso, a una conferencia de Arturo Aldunate Phillips sobre Albert Einstein, el sabio mayor del siglo XX. Atable, de voz grata y moderada, su figura que poco a poco fue invadiendo el salón y atrayén-

do la atención del auditorio, crecía con su palabra convincente y aunque el tema, como se comprenderá, era de alto vuelo científico y exigía una concentración absoluta, pronto se hizo deliciosamente comprensible.

Es que Aldunate Phillips era, además, un poeta, y de los mejores. Se aproximó a la vida de Einstein, nacido en el pequeño puerto fluvial de Ulm, en una modesta casa que por extraño destino estaba situada cerca del sitio donde, doscientos cincuenta años antes, había vivido Johannes Kepler, el fundador de la astronomía física.

Cuando Einstein apenas comenzaba a hacerse hombre, su curiosidad fue vigorosamente atraída por el misterio de la luz que él llamó, poética y reverentemente: «la sombra de Dios».

El ambiente confortable del hogar de sus padres se vio de pronto amagado y hubo, ya recibido de doctor, de enfrentar la vida en un mecano puesto de profesor y,

más tarde, como inspector de patentes de Berna. Extraña paradoja, porque el gran matemático, el gigante intelectual de una época debía revisar diariamente los dibujos y modelos de aquellos que creían haber inventado el último hallazgo.

Su desarrollo científico no se detenia y su nombre atraía las miradas de los centros intelectuales más prestigiosos del mundo. Desde esos años inicia su costumbre de reunir en su casa a un grupo de amigos para discutir sobre cuestiones filosóficas, económicas, científicas, sociales y de arte. Confiesa que, subrepticamente, formulaba cálculos matemáticos referentes a las leyes del universo, en pequeños trozos de papel, en la pequeña oficina que se le había asignado y que escondía nerviosamente cuando su jefe superior se aproximaba.

Un día cualquiera, en el mes de junio de 1905, metido en un amplio y descuidado gabán, su melé-

na al viento, el modesto inspector de patentes de Berna encamina sus pasos hacia la editorial de los Anales de Física; lleva en sus manos un manuscrito de treinta páginas de ecuaciones. Les ha llamado, sencillamente, «Electrodinámica de los cuerpos en movimiento», donde sostiene que no existen movimientos absolutos y que la Tierra fija es una mera invención del hombre. En ella ni en ninguna parte del universo nada está en absoluto reposo. La verdadera naturaleza de la relación entre los cuerpos en movimiento hace posible medir la velocidad, el tamaño, la forma, la masa o el tiempo, con sola una excepción: «la sombra de Dios», la luz, que no es relativa a otras velocidades y permanece fija y coreografiada en cualquier parte del cosmos.

La revolucionaria teoría había sido entregada al mundo. De su ecuación trascendental se alzaba la desintegración del átomo.

Este sabio, genio excepcional,

amante de la paz, ha puesto en manos de la humanidad el arma suicida. Pero se adelanta en declararse profundamente religioso, sin sometimiento a un dogma, basado en la creencia de un destino humano superior.

Con intuición filosófica establece tres gradaciones de la religión: la primera, la religión del miedo, de quienes actúan por temor al castigo; la segunda, la religión de la moral, de quienes cumplen una línea de conducta eminentemente espiritual; una tercera, que el sabio llamó «cósmica», es decir, la que trasciende de la conciencia de que existe un ser superior, una ordenación inteligente, un supremo poder de la más alta jerarquía.

Acaso esto y mucho más tuvo en cuenta Aldunate Phillips en esa lejana conversación, cuando lanzó su anatema contra los robots, porque «no tienen a Dios en el corazón».

Ciencia y poesís, dos caminos convergentes [artículo] Hugo Rolando Cortés.

Libros y documentos

AUTORÍA

Cortés, Hugo Rolando, 1932-

FECHA DE PUBLICACIÓN

2003

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

Ciencia y poesís, dos caminos convergentes [artículo] Hugo Rolando Cortés. retr.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile